



Discurso en la clausura del Año Académico 2021 del Instituto de Chile

Señora Presidenta del Instituto de Chile.
Presidentes y Presidentas de las Academias.
Académicos y Académicas
Colaboradores de la Institución.
Amigas, amigos.

Asumo la Presidencia del Instituto de Chile tomando una responsabilidad simbólica de nuestra entidad, cuya tarea consiste en el velar por el cultivo de las ciencias y de las artes, siguiendo a instituciones homónimas de la tradición académica moderna. Se le veía como una necesidad del país como manera de oficializar la misión social de promoverla desde lo público, es decir hablando ante un público y en calidad de tal; al mismo tiempo se trata de una institución del Estado. No la debería mover un interés puramente corporativo, peligro siempre subyacente a este tipo de instituciones. Ello no impide debatir sobre medidas y evoluciones que entraban la dedicación libre a las ciencias y las artes en la vida general del país.

Todos nosotros pertenecemos a la Institución y a la vez somos seres individuales que representamos una dedicación, y de las cuales la gran mayoría ya tiene la principal fase de su vida intelectual y/o de su oficio estético ya realizadas. Como Presidente, sin embargo, deberé velar porque las palabras ante el público que yo pueda expresar representen *en algunos casos* la opinión fundamental del Instituto de Chile. Tampoco impide que en mi obra ni en mi intervención pública, en la que aspiro a introducir lo que llamaría razón histórica en el pensar a nuestra sociedad y nuestro mundo, voy a ocultar mi filiación si bien solo asumiendo responsabilidad personal.

Agradezco especialmente a doña Miryam Singer y a don Carlos Cáceres la generosidad con que aceptaron asistirme en esta tarea que en mi caso me correspondía por obligación, pero no para ellos.

No está de más recordar que el Instituto de Chile fue el resultado de diversas gestiones que culminaron en las postrimerías del gobierno de don Jorge Alessandri en 1964, por lo que nunca estaremos lo suficientemente agradecidos. Como sucede en estas instituciones, cada generación debe esforzarse por redefinirla y a la vez no perder de vista la mirada original y transtemporal, de misiones que siempre persisten.

Antes que nada, debo agradecer a nuestra Presidenta saliente por su extraordinario desempeño en el cargo. Solo lamento que su mandato no haya podido prorrogarse debido a las leyes que nos rigen y que debemos obedecer; y me pesa también porque he tenido la mala suerte que me deja la vara muy alta, difícil de emular. Su gracia, elegancia estilística y su sabiduría intelectual han sido un pozo de tranquilidad en momentos de conmoción de la república.

También, debo anotar que en su período de dirección del Instituto pudimos constatar con regocijo que varios de sus miembros obtuvieron Premios Nacionales. Ellos son para el año 2019, la Dr. Dora Altbir, de la Academia Chilenas de Ciencias, Premio Nacional de Ciencias Exactas.

Para el año 2020, Miryam Singer González, ahora Secretaria del Instituto de Chile, de la Academia Chilena de Bellas Artes, Premio Nacional de Música; Iván Jaksic Andrade, de la Academia Chilena de la Lengua, Premio Nacional de Historia; Francisco Bozonovic Kuscevic, de la Academia Chilena de Ciencias, Premio Nacional de Ciencias Naturales; Dr. Vicente Valdivieso Dávila, de la Academia Chilena de Medicina, Premio Nacional de Medicina.

Para el año 2021, Francisco Gacitúa Costabal, de la Academia Chilena de Bellas Artes, Premio Nacional de Bellas Artes; José Rodríguez Elizondo, de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, Premio Nacional de Humanidades; Ascanio Cavallo Castro, de la Academia Chilena de la Lengua, Premio Nacional de Periodismo; Mónica Rubio López, de la Academia Chilena de Ciencias, Premio Nacional de Ciencias Exactas.

El Instituto de Chile, reconocido de la trayectoria de académicos y académicas, se ve enaltecido por estas distinciones, que terminan por conferirnos autoridad para hablar al país.

El Instituto está dedicado a colaborar en primera instancia, como tarea oficial, promover y defender el cultivo de las ciencias y las artes de la mano de sus colaboradores, y también ilustración a la sociedad toda. No porque ella necesariamente lleva consigo una felicidad, fuego fatuo de nuestra era, sino porque es parte de lo constitutivo del humano. No exploramos sino lo que está en potencia, muchas veces dormido, en lo más íntimo de nuestro ser. Es la fuente última de las diversas disciplinas y subdisciplinas como de los oficios presentes en la institución.

¿Qué puede unir a cultivos en apariencias tan diferentes, con sus lógicas distintas y hasta contradictorias con las de sus vecinas? En mi opinión, inspirado en

un famoso texto de Max Weber de hace poco más de 100 años, en todas ellas se muestran la misma disposición de los humanos para crear o dar vida a lo verdaderamente importante con dos características: la pasión y la rigurosidad en el ejercicio de la vocación y de aquello que se llama “interés de conocer”. Modernamente el rigor tiene una expresión distinta en cada disciplina, pero intuyo que dependen de un fondo común. Ambas, pasión y rigurosidad, anteceden a la existencia de instituciones y recursos por más que estos sean necesarios en la vida humana.

En las sociedades arcaicas, o en los sistemas complejos que denominamos civilización, ha existido una dedicación que en la práctica podemos llamar saber especializado que corresponde a algún tipo de disciplina científica, o quizás protocientífica. Las ciencias como un campo humano autoconsciente se originaron en dos puntos de inflexión de la historia humana. Primero, en la experiencia de la Grecia clásica, en el sentido de que dio paso a un proceso de preguntas y respuestas sin fin que, si bien después adormecidas de manera intermitente, destellan con claridad hasta el presente. La segunda, es la aparición autoconsciente de la ciencia moderna aproximadamente en el último medio milenio, con su lógica y su virtualidad transformadora, así como con las posibilidades de no pocas experiencias de peligro nihilista. Esto último sucede como en casi todos los aspectos humanos,

pero me refiero a ella por el enorme poder y prestigio que la ciencia adquirió para la humanidad.

Las ciencias jugaron un enorme papel en esa explosión que llevaron a cabo la conjunción de la técnica con la transformación práctica de la vida social y material de la humanidad moderna. Por otra parte, el espíritu científico no puede perder de vista que su verdadero nacimiento radica en seres libres que operan sobre un vacío relativo. La tradición y costumbres del milenarismo proceso técnico insertos en las civilizaciones no pocas veces chocaron con el oficio de la ciencia. Esta solo se adquirió la autonomía como razón de ser, cuando adquiere autoconciencia en una civilización que pone valor en la verdad científica como un bien en sí mismo, aunque no pueda llegar a ser *el* bien absoluto por sí mismo.

Que la ciencia podría hacer realidad la pesadilla que se despierte el genio que se escapa de la botella, o del que roba el fuego, no lo hace más que cualquier otro ámbito del quehacer y creatividad humanos: lo espiritual, lo material, el artes y las letras, el orden político. Solo en el juego o interacción entre ellos se pueden fijar los criterios para que sublimen esa maravilla con que los hombres miramos la inmensidad del mundo cósmico, pero obedecemos a esa fuerza que nos hace conscientes de que somos seres morales, según reza un célebre expresión. Porque en

todos ellos opera esa inconmensurabilidad de los valores que hace que las manifestaciones humanas no son necesariamente coherentes entre sí, en solo aparente paradoja solo si lo juzgamos como un absurdo. Ellas se necesitan mutuamente en tensa y ojalá rica creatividad para confrontar los desafíos espirituales y materiales.

Una última observación sobre las ciencias en estas horas del país. Las ensalzamos y le exigimos respuesta para esto y aquello. Sin embargo, lo que en debates públicos se echa de menos, es una mentalidad científica que, trasladada al discurso activo, trasluzca y oriente en racionalidad. Su origen reside, quizás, en la debilidad de la formación científica, sobre todo la escolar. Últimamente se intentó remediar esta situación en desmedro de algunos aspectos de la formación en artes y humanidades. Me permito expresar el parecer que se trató de una muy pobre medida. Sería mejor que fuera reemplazada por currículos que establecieran una mejor proporción de ambos, y de interacción entre esferas distintas de la cultura humana y a la vez relacionadas en el campo general de la cultura. Lo último que quisiéramos es que se dirimiera como competencia corporativa entre las disciplinas.

Como nos ha mostrado la investigación moderna acerca de la sociedad arcaica, las artes surgieron en el albor de la humanidad. Han corrido ríos de ríos de

tinta en la fascinante tarea por responder, muchas veces de manera iluminadora, por responder la pregunta acerca de la esencia del arte. Aquí lo voy a resumir como la búsqueda desde la sensibilidad estética de la irrealidad a partir del seno mismo de la realidad, en descubrimiento inacabable de nuevos espacios y capas de la existencia y que, sin embargo, de manera misteriosa e intuitiva, son parte de la misma realidad.

El ensamblaje entre ambas esferas de lo implicado en este concepto de realidad, no solo nunca alcanzará la perfección, sino que siempre permanecerá como un misterio del cual emana la fuerza que permite la fertilidad y continuidad del mismo, es decir del arte. Aproximadamente, en los dos últimos siglos el arte entre tantas funciones palabra que la empobrece injustamente, ha constituido un sustituto de lo sacral, penetrando de esta manera vivamente en la conciencia de la modernidad.

De todas las consecuencias indirectas de este hecho quisiera destacar una, la convergencia y a veces la fusión entre la alta cultura y la llamada cultura popular, en la modernidad esta última más bien aquella de la sociedad de masas. Si esto empobrece o enriquece la dimensión estética ha sido objeto de debate desde hace casi dos siglos. Recojo aquí la idea de que los grandes momentos creativos de las civilizaciones, han brotado cuando las fuentes de inspiración escuchan la voz y

herencia de valores y prácticas de aquello que podría denominarse cultura popular, siempre y cuando le confieran un sentido especial, original y sorprendente; y a la vez las expresiones colectivas y el sentimiento en las grandes mayorías puedan hallar el camino para lograr plenitud, bebiendo de la alta cultura y el gran arte cuando ha existido una relativa compenetración entre ambos mundos. Han sido los momentos estelares de la civilización, concepto este último hoy en día devaluado con imprudencia y hasta temeridad por la crítica que tiene mucho de acrítica, por el estilo apodíctico y dogmático con que se profiere.

Artes y humanidades pertenecen a un tema aproximadamente común, al que en lo sustancial ingresan las ciencias sociales, si bien en un corazón de estas últimas palpitan en el radio de acción de las ciencias exactas. No olvido que las fronteras entre las humanidades y las ciencias sociales son demasiadamente difusas y así debe ser.

Nuestra sociedad moderna, me parece que en especial en América Latina, ha creído responder a este desafío mediante la promoción de la formación humanista y estética como un oficio. Ello ha conllevado, a veces, a que se produzca una manufactura de humanistas, lamentablemente desprovistos del fuego creativo que debe unirnos a cada uno de sus cultivadores. Siempre he propuesto que el papel de la

institución de la alta cultura y educación es favorecer la crianza de una minoría altamente motivada, que en esos institutos derrame interés y amor por el conocimiento de las humanidades, de las artes y de la herencia espiritual a una gran mayoría de sus congéneres. No se trata de fabricar humanistas o artistas con diplomas, sino elevar el nivel de cultura intelectual y estética de nuestros países.

¿Qué deben perseguir las humanidades en nuestra época? No voy a pretender delinear esas metas con mis palabras necesariamente austeras. Me basta con recordar una lectura de estudiante de segundo año de licenciatura en historia de la Universidad Católica de Valparaíso en 1967, y asilarme en la figura de Giovanni Pico Della Mirandola, cuando afirma que por magnanimidad del Creador al hombre, “le ha sido concedido obtener lo que desee, ser aquello que quiera”, y oscila entre las bestias y los ángeles sin ser ni el uno ni el otro. Palabras de 1486, apuntan a una especie maleable y continuada a la vez de naturaleza humana, de su aventura, su apuesta, su promesa, su peligro. Las tomo como punto de referencia de uno de los tantos símbolos del fundamento oculto de las humanidades, sus tareas y limitaciones.

A quien quiera pensarlas para nuestra época, solo se le puede recomendar que vuelque su mirada a un libro reciente (2017) de nuestra ex Presidenta, Adriana

Valdés, en *Redefinir lo humano: las humanidades en el siglo XXI*, que en un mundo ideal que jamás arribará, debiera encabezar las listas de *best sellers*. Su preocupación central es la relación de las creaciones de las humanidades ante el mundo de las imágenes de la modernidad, en especial con la actual revolución digital: “Las humanidades necesitarán pensar mucho acerca de las imágenes, también, en un sentido más bien crítico. No en vano se ha dicho que los nuevos analfabetos serán aquellos que no puedan leer las imágenes y que no puedan pensarlas tanto creativa como críticamente”.

Permanece la pregunta, cuánto del legado del pensamiento y de las artes perdura a través de esta ordalía inagotable. Modestamente, me permito añadir que la gran prueba ante la idea de que el medio es el mensaje, referido explícitamente por Adriana Valdés en torno al desafío, que ya en mi generación fue el *dictum* de Marshall McLuhan, y es que el saber de las humanidades debe batírseles de manera interminable, indefinida, para siempre, con los medios sin ser distorsionadas por los mismos, para poder entregar su mensaje. El arte y el pensar cuando tocan un fondo de las cosas con la punta de los dedos, nos transmiten esa experiencia que hace que pervivan, y que diversas épocas las puedan percibir en su corazón e intelecto, entendiendo que la recepción les añade una nueva forma de mirarlas según las circunstancias de espacio y de tiempo.

Quisiera hablar para todas las humanidades y las ciencias sociales, pero es imposible que no me refiera a la historia. Tiene mucho que ver con este tema, de si la modernidad en sus diversas facetas constituye un quiebre absoluto en la humanidad, o que fases de ella, como la revolución digital, lo son. En el debate actual acerca de las particularidades y de los cambios, que las cosas no serían como lo han sido, en la unidad del mundo o en su diversidad, por convicción y doctrina, según un conocido comercial de vinos siempre caros a mí, me ha caído el papel en mi docencia y escritos de destacar esa parte de la polaridad correspondiente a la unidad de la historia o vida humana, a través del tiempo y del espacio, antes que su diversidad y transformación, si bien la una no es concebible sin la otra.

Académicas y académicos, amigas y amigos, nuestras capacidades son limitadas, pero quisiera que nuestra disposición a una gran conversación mutua en que consiste el verdadero dialogo esté siempre presente en nuestro Instituto.

Joaquín Fermandois

Santiago, 6 de enero de 2022